

AC 01 134

Las profesoras del curso de acceso directo para mayores de 25 años, María Paz Marsá Fajardo y Pilar Ruiz Bá Palacios, nos van a ofrecer una breve explicación acerca de las características fundamentales de los diferentes tipos de escritos. El conocimiento de tales características es imprescindible al enfrentarse con análisis y comentarios de textos. A estas alturas del curso, nuestros alumnos han llegado ya en el estudio de las unidades didácticas a la parte que se ocupa de la morfología y la sintaxis.

Por tanto, es este el momento de introducirles en la utilización de ciertas estructuras lingüísticas en relación con el comentario de textos y con ello favorecer la comprensión de las distintas técnicas que pueden aparecer en un escrito. Habitualmente, distinguimos cinco formas de composición de un escrito, a saber, descripción, narración, diálogo, exposición y argumentación. En esta ocasión, vamos a ceñirnos por razones metodológicas a la descripción y a la narración.

Se suele definir la descripción como una pintura realizada con las palabras. Podemos comparar la impresión que una descripción provoca en la imaginación del lector con aquella que produce en él la contemplación de un cuadro. Habitualmente, distinguimos dos tipos de descripción, la descripción científica y la descripción literaria.

La descripción científica se caracteriza por pretender reflejar el objeto de descripción de forma objetiva y rigurosa, sin ceder a impresiones personales. Mediante el siguiente texto, escuchemos un ejemplo de descripción científica relativa, en concreto, a la arquitectura del hombre humano. El cuerpo es una columna hueca y rectilínea de tejido compacto con su conducto medular interiormente.

Por la disposición rectilínea del conducto y la disposición desviada de su epífisis inferior, puede enclavijarse este hueso. La epífisis superior presenta tejido compacto y una disposición trabecular. Este fragmento pretende proporcionarnos una información objetiva, sin entrar en el terreno de las emociones subjetivas.

La descripción literaria, por el contrario, está inspirada por una intención estética y, por consiguiente, cargada de subjetividad. Pero es frecuente que en una descripción literaria se mezclen lo objetivo y lo subjetivo. Pueden ser objeto de descripción los paisajes, los objetos y, por supuesto, los sentimientos, sensaciones y emociones, y las personas, tanto desde el punto de vista físico como moral y psíquico.

A continuación, escucharán un fragmento de la novela Camino de Perfección, de Don Pío Baroja. El cielo estaba puro, limpio, azul transparente. A lo lejos por detrás de una fila de altos chopos del hipódromo se ocultaba el sol, echando sus últimos resplandores anaranjados sobre las copas verdes de los árboles, sobre los cerros próximos, desnudos, arenosos, a los que daba un color cobrizo y de oro pálido.

La sierra se destacaba como una mancha azul violácea, suave en la faja del horizonte cercana al suelo, que era de una amarillez de ópalo. Y sobre aquella ancha lisa opalina, en aquel fondo de místico retablo, se perfilaban claramente, como en los cuadros de los viejos y concienzudos maestros, la silueta recortada de una torre, de una chimenea, de un árbol. Hacia la ciudad el humo de unas fábricas manchaba el cielo azul infinito, inmaculado.

Al ocultarse el sol se hizo más violácea la muralla de la sierra. Aún iluminaban los últimos rayos un pico lejano del poniente y las demás montañas quedaban envueltas en una bruma rosada y espléndida, de carmín y de oro, que parecía arrancada de alguna apoteosis del tichiano. Sopló un ligero vientecillo.

El pueblo, los cerros, quedaron de un color gris y de un tono frío. El cielo se oscureció. Habrán observado que se trata de la descripción de un paisaje.

En esta descripción el autor no sólo vierte su percepción de los colores de un crepúsculo, sino que además presta a la palabra el movimiento de su mirada, con lo cual nos da una visión panorámica del paisaje, similar a la del objetivo de una cámara cinematográfica. Anteriormente hemos dicho que podían ser objeto de descripción sentimientos, sensaciones y emociones, ya sea del propio autor, ya sea propia de un personaje de la ficción narrativa. Pues bien, la descripción de características psicológicas es lo que en retórica conocemos como etopeya.

Para ilustrar este tipo de descripción escucharán un breve fragmento de don Benito Pérez Galdós, perteneciente a la novela La familia de León Roig. Hablaba con calma y cierto dejo quejumbroso que llegaba al alma de los oyentes, y reía poco, tan poco, que cada día iba creciendo su fama de orgullo, y era tan reservada en sus amistades que en realidad no tuvo amigas. Había adquirido desde su infancia tal renombre de sensatez, que sus mismos padres la disputaban como lo más selecto que la familia había dado de sí en todo el curso de su gloriosa existencia.

En este fragmento, Galdós no nos aporta ni un solo rasgo físico o externo, sino que nos apunta las características que configuran la personalidad de este personaje femenino. Con gran frecuencia nos hallamos en la literatura ante retratos de personas. El retrato consiste en la descripción de las características externas o físicas de un personaje.

Como ejemplo, presentamos el fragmento de una de las novelas ejemplares, Rinconete y Cortadillo, de don Miguel de Cervantes, que ustedes pueden leer en la página 28, repetimos, página 28, de nuestra adenda que lleva como título Antología de Literatura Española. Escuchen con atención, por favor. Parecía de edad de 45 a 46 años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejjunto, barbinegro y muy espeso, los ojos hundidos.

Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de valleta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados. Cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos.

El sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda. Atravesaba le un taalí por espalda y pechoado, colgaba una espada ancha y corta, a modo de las de perrillo. Las manos eran cortas, pelosas, y los dedos gordos y las uñas hembras y arremachadas.

Las piernas no se le parecían, pero los pies eran descomunales, anchos y juanetudos. Se observa en este retrato una prolija descripción tanto de rasgos físicos, cejijunto, barbinegro, moreno de rostro, como de características del atuendo, zapatos enchancletados, zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos, etc. Veamos ahora cuáles son las características lingüísticas que definen la descripción y que son comunes a todos los textos que hemos escuchado.

En todos ellos predomina la estructura lingüística del sintagma nominal. En las oraciones abundan adjetivos y sustantivos, lo cual se explica por el predominio de los objetos sobre las acciones. Con cierta frecuencia los verbos aparecen en su forma nominal, es decir, infinitivo, gerundio y participio.

En cuanto a las formas personales más presentes en el texto, tenemos los tiempos presente y pretérito imperfecto de indicativo, que poseen el rasgo común del aspecto imperfectivo. Esto es, el rasgo que define a la acción verbal como inacabada, ya sea en el presente, ya sea en el pasado. Respecto a cómo se articulan entre sí las oraciones, se da un predominio de la coordinación y de la yuxtaposición, pues al igual que en un cuadro, la impresión estética global de lo escrito se consigue mediante la acumulación de los detalles.

Ahora pasamos a hacer referencia a la narración. La narración consiste en el relato de unos hechos, circunstancias o procesos en un eje temporal. Es decir, la narración se expresa mediante acciones o verbos.

A continuación escucharemos un fragmento de la novela de Juan Marsé con la oscura historia de la prima Monse. La novela es el género narrativo por excelencia. Otra modalidad narrativa es el relato breve, es decir, el cuento.

Pero también en poesía se da la narrativa. No pensemos que es atributo exclusivo de la prosa. En los relatos épicos, en los cantares de gesta, como es el cantar de Mío Cid, y también en los romances.

A continuación escucharán ustedes un fragmento del cantar de Mío Cid, perteneciente al cantar primero, es decir, lo relativo al destierro. Lo encontrarán ustedes en la página 6 de nuestra agenda Antología de la Literatura Española. Allí piensan de aguijar, allí sueltan las riendas, a la exilia de Vivar o vieron la corneja diestra, e entrando a Burgos o vieron la siniestra.

Meció Mío Cid los hombros y esgrameó la tiesta. Albricia, albarfañez, que ha echado somos de tierra, mas a gran hondra tornaremos a Castiella. Mío Cid roiría por Burgos entrebe.

En su ecompaña sesenta pendones. Exénlo ver, mujeres e varones, burgueses e burguesas. Por las finiestras sone, plorando de los ojos, tanto habían el dolore.

De las sus bocas todos decían una razone. Dios, qué buen vasallo si hubiese buen señore. En la narración se utiliza verbos en tiempo pasado y preferentemente presentados como acción acabada, esto es, en pretérito perfecto, aunque también es usual el presente con valor de pasado, es decir, el presente histórico.

Con el presente se expresa hechos pasados que se conocen como pasados, pero se les da una actualidad intencional. La expresión lingüística es más compleja en la narración que en la descripción, puesto que lo que importa fundamentalmente aquí es la acción, con todo su movimiento, la concatenación de hechos y todo el dinamismo. En cuanto a la construcción sintáctica, predominará la subordinación oracional.

Y por otra parte, frente a la descripción, la narración se caracteriza porque el uso del adjetivo es menos frecuente, de forma correlativa a una mayor presencia del adverbio, que es el modificador del núcleo verbal. Vean ustedes en el siguiente fragmento de qué modo el diálogo entra a formar parte integrante de la narración, como discurso referido en estilo directo, es decir, trasladado directamente como acto de comunicación, incrustado en la estructura narrativa. Escucharán a continuación un fragmento significativo de este tipo de narración, perteneciente a El Jarama, de Rafael Sánchez Marí

Luisa la cogía contra su pecho, se puso a acariciarla.

Tranquila, Lolita, ahora mismo la encuentran, pero no te das cuenta que estás tramando un episodio que es del género tonto. El colmo ya de la bobada, formar esta llantina y esos razonamientos que te traes. ¿No ves que desbarras, mujer? Ahora va a aparecer la zapatilla, verás cómo aparece.

La niña, vaya una guerra que estás dando a última hora. Lolita ya se dejaba caer sobre el regazo de la otra. Murmuraba.

Me da igual, no me apuro, voy descalza, me importa un comino. Le digo, madre, pégame, ya te cansarás. Le digo, pégame, mamita.

La zapatilla la he perdido bailando, de juerga. Tú me pegas y yo vuelvo a bailar. Y enseño mis piernas cuando bailo.

Tú pégame y verás tú, mañana y pasado. Y el otro, tú pégame, desuéllame, mamita. Yo bailo la zambra mañana y pasado.

Y el otro, y el otro, y el otro yo salgo. Me besan los chicos en el cine y me divierto sin cesar. Habrán observado que el autor, por una parte, pone en boca del narrador el relato en tiempo pasado.

María Luisa la cogía contra su pecho, se puso a acariciarla. Y por otra, como es natural, el diálogo en tiempo presente. Tranquila, Lolita, ahora mismo la encuentran.

Pero ¿no te das cuenta que estás tramando un episodio que es del género, tonto? Oigamos

ahora otro texto. Un fragmento de la novela titulada «Midolatrado hijo Sisí» de Miguel de Libes. La llevaba del brazo por la penumbra de los jardines y de repente se dieron de bruces con el hermano prefecto.

Al día siguiente lo expulsaron del colegio. Cecilio Rubes trató de evitar aquello. La insistencia de su padre abrumaba a Sisí, dijo Rubes al hermano director.

«Eso son chiquilladas, padre». El hermano director sonreía. «Llámeme hermano, no somos padres».

«Está bien, padre, pero estará usted de acuerdo en que lo ocurrido...» «Bien, lo ocurrido no tiene mayor importancia. Fue en vano». Sisí Rubes fue expulsado del colegio sin aprobar el cuarto año de bachillerato.

Cecilio Rubes lo lamentó. Mal que bien, Sisí iba tirando y en los exámenes se defendía. Decidió llevarlo al instituto.

Sisí se dio cuenta de que salía ganando mucho en el cambio. Comenzó por faltar a una clase diaria y terminó por no aparecer por allí. Ante sus ruegos, la nati le facilitó una nueva dirección.

Y Sisí pasaba las tardes allí bailando y charlando con las chicas. En ese texto de Miguel de Libes, la construcción sintáctica es sencilla. El autor elude la utilización de nexos subordinantes y separa las oraciones con puntos, con lo que da un estilo sincopado, a la vez que acelerado, a la forma de expresión.

Lo cual imprime ritmo a la acción y la hace casi telegráfica. Por otra parte, hay una ausencia de adjetivos casi total. No hay calificación de los hechos.

Ocurren y eso es todo. Eso es así porque el autor no nos quiere imponer una valoración estética determinada. Antes bien, nos evidencia claramente la ausencia de la misma.

El lenguaje empleado es exacto, pulido y riguroso, sin concesión alguna. La acción tiene un matiz perfectivo. Se expresa fundamentalmente mediante verbos en pretérito perfecto.

Esto es, en pasado, acabado. El autor no se interfiere en ningún momento en la narración para darnos una estimación personal, como si quisiera reproducir solo el aspecto objetivo de la realidad imaginada. Es como si hubiera filtrado la subjetividad en su relato.

Sí. El autor no se concede la licencia literaria de intervenir, sino es a través de su conocimiento de lo que piensan y hacen los personajes. Es un texto extremadamente conciso.

Vamos a presentar ahora otro fragmento de Delibes. Esta vez pertenece a la más difundida de sus novelas, Cinco horas con Mario. El autor construye toda la novela desde el marco de la proyección de la intimidad del personaje que relata la historia.

Esta vez la narración gravita por la atmósfera altamente subjetiva de Carmen, la mujer de

Mario. Delibes utiliza para este fin el monólogo. En la ficción narrativa, el personaje femenino establece una ilusoria conversación con Mario, el marido muerto, que yace de cuerpo presente en el féretro.

Pero oigamos el texto. Pero disculpo mejor esas extralimitaciones que las vuestras. Así.

Porque, en definitiva, la mujer que caiga con Gabriel y Evaristo es porque es tan sinvergüenza como ellos, que a mí bien que me llevaron a su estudio todo lleno de cuadros con mujeres desnudas, y ya me ves, Mario, ni se me pasó por la imaginación. Ya lo sabes. Pues ¿por qué no? Porque soy como hay que ser.

Esa es la razón que lo puedo decir muy alto, que si Virgen fui al altar, fiel he seguido dentro del matrimonio, por más que tu cariño bien poco hayas puesto de tu parte, que a indiferente y a frío no hay quien te gane. Lo mismo que para comer ganas de esmerarse, lo mismo da, ni lo miraba siquiera. La cuestión era matar el hambre.

La circunstancia permite que un solo personaje nos dé su visión del mundo, estrecha a todas luces y sometida a los prejuicios de una herencia moral que encubre una manifiesta carencia intelectual. Otro matiz que hay que destacar es la dureza que se mantiene en todo el monólogo hacia los comportamientos del marido muerto. Por ejemplo, a los amigos se los tacha despectivamente de camarilla de intelectuales para hacer constar al personaje que ese mundo intelectual le es completamente ajeno.

Y al final del fragmento tilda a su marido de frío e indiferente, pese a haberle dado previamente el apelativo amoroso de cariño. Los verbos alternan las formas del pasado expresando recuerdos remotos, escasos cuantitativamente, con el presente generalizador, con el que se da un carácter de axioma a las aseveraciones del personaje. Es interesante analizar en la construcción sintáctica el empleo abusivo intencionado de las oraciones coordinadas copulativas en todo el periodo y que se justifica por el tono comunicativo conversacional que mantiene el monólogo.

En este texto no hay participación expresa del autor, ni como relator siquiera. Será siempre el personaje quien nos dé las pautas de la narración, el que nos introduzca en las situaciones referidas. Ahora oigamos un fragmento de la novela *La Regenta*, de Leopoldo Alas Clarín, donde se conjuga narración y descripción.

En este caso concreto la narración se pone al servicio de la descripción, porque a través de las acciones exaltadas de Ana Azores, *La Regenta* se nos describe el estado psíquico, anímico, de este personaje. Se inicia el texto que vamos a escuchar relatando el febril despertar de *La Regenta*, que a tientas, síntoma de su situación física y de su estado moral, se desliza por la habitación. Prestemos atención al texto.

La luz de esperma que se reflejaba en el espejo estaba próxima a extinguirse. Se acababa, y Ana se vio como un hermoso fantasma flotante en el fondo oscuro de alcoba que tenía

enfrente, en el cristal límpido. Sonrió a su imagen con una amargura que le pareció diabólica.

Tuvo miedo de sí misma. Se refugió en la alcoba, y sobre la piel de tigre dejó caer toda la ropa de que se despojaba para dormir. En un rincón del cuarto había dejado Petra olvidados los zorros con que limpiaba algunos muebles que necesitaban tales disciplinas.

Y pensando ella misma en que estaba borracha, no sabía de qué, Ana, desnuda, viendo atrecho su propia carne de raso entre la holanda, saltó al rincón, empuñó los zorros de ribetes de lana negra y sin piedad azotó su hermosura inútil una, dos, diez veces. Y como aquello también era ridículo, arrojó lejos de sí las prosaicas disciplinas. Entró de un brinco de vacante en su lecho, y más exaltada en su cólera por la frialdad voluptuosa de las sábanas, algo húmedas, mordió con furor la almohada.

A fuerza de no querer pensar, por huir de sí misma, media hora después se quedó dormida. El autor nos presenta al personaje, Ana, en un estado casi irracional, que se percibe a sí misma como un fantasma. Con este símil del fantasma alude a su propia inseguridad, a sus sentimientos frágiles e inestables.

Las formas verbales que expresan la acción proporcionan al relato una gradación casi delirante, de forma que el personaje que la realiza nos evoca a un animal herido. Por ejemplo, tuvo miedo, se refugió, saltó al rincón, empuñó a los zorros, azotó su hermosura inútil, entró de un brinco en la cama, mordió con furor la almohada, se quedó dormida. Hay que destacar cómo consigue el autor el contraste.

Por una parte imprime a las acciones realizadas gran carga de dinamismo al presentarlas desde el aspecto perfectivo, acabado, con el cual nos transmite la exaltación que siente el personaje. Tales acciones contrastan con los rasgos descriptivos que presentan las acciones con aspecto durativo, imperfectivo. Así, cuando expresa que la luz de esperma que se reflejaba en el espejo estaba próxima a extinguirse, se acababa, describe la iluminación ambiente que mantendrá toda la escena en penumbra y que será refuerzo y marco de todas las acciones que van a desencadenarse.

Resumiendo, diremos que la narración consiste en relatar unos hechos localizados en unas circunstancias temporales y espaciales y vividos por unos personajes. Evidentemente, cuantos más hechos formen parte del relato, más rica resultará la narración para el lector. Frente al estatismo y simultaneidad en la presentación de los datos que caracterizan a la descripción, en la narración lo que importa es el movimiento y el dinamismo de la acción.

De todos modos, es imprescindible señalar, para terminar aquí, que con frecuencia conviven en los escritos en régimen de alternancia la descripción y la narración. Aquí se despiden de ustedes las profesoras María Paz Marsa y Pilar Ruiz Bapalacios. Buenas noches.